

Las palabras de la victoria

William Henry Harrison, el noveno presidente de Estados Unidos, pronunció el discurso inaugural más largo registrado. Excedió las 9.000 palabras. Harrison debió estar sumamente orgulloso de ese discurso, pues era una fría y lluviosa mañana de enero. Se negó a usar abrigo o a abreviar su discurso. Tras permanecer en esas miserables condiciones durante dos horas, contrajo neumonía y falleció menos de un mes después. Alguien bromeó diciendo: «Ningún presidente ha dicho más y hecho menos».

Ahora, comparemos eso con lo que hizo Jesús cuando colgaba de la cruz en el monte Calvario. Sus declaraciones fueron pocas. Solo tenemos siete registradas. Fueron breves. Ninguna tiene más de diez palabras en inglés. Pero a pesar de lo pocas y breves que fueron, toda la eternidad fue alterada por lo que dijo. Supongo que se podría decir: «Nadie ha dicho menos ni ha hecho más».

La mejor de todas sus declaraciones fueron las palabras de victoria: «Consumado es». «Más tarde, sabiendo que todo estaba ya consumado, y para que se cumpliera la Escritura, Jesús dijo: «Tengo sed». Había allí una jarra de vinagre, así que mojaron una esponja en él, la pusieron en una caña de hisopo y se la acercaron a los labios de Jesús. Cuando hubo bebido, Jesús dijo: «Consumado es». Dicho esto, inclinó la cabeza y entregó el espíritu.» (Juan 19:28)

Esa frase nos llega al español con tres palabras diferentes: «Está consumado». Pero en el idioma original, el griego, era solo una palabra: «Tetelestai». «Tetelestai» era una palabra poderosa. Era una frase concisa que indicaba que algo se había consumado por completo. «Está absolutamente consumado». Algunos pensaron

que era un grito de desesperación. Jesús gritando: «¡Oh, está consumado!». No lo era. Otros pensaron que podría ser un suspiro de alivio: «¡Oh, está consumado!». Tampoco lo era. Estoy convencido de que era una palabra de triunfo, no de tragedia. Era una palabra de júbilo, no de lamentación. Era un grito de victoria, no de desesperación. De hecho, podría haber gritado: «¡Tetelestai! ¡ESTÁ CONSUMADO!».

Pero ¿qué fue lo que terminó?

1. La obra terrenal de Jesús terminó. Es mucho más fácil empezar algo que terminarlo, ¿verdad? Ya sea un proyecto, un título universitario, un matrimonio, un compromiso, una vida, lo que sea: es mucho más fácil empezar que terminar. Por eso solo recompensamos a quienes terminan. No ves camisetas que digan "Yo empecé el Maratón de Boston", ¿verdad? Nadie recibe un diploma el primer día de clases. No recibes el reloj de oro al principio del segundo mes en tu nuevo trabajo. Recibes una recompensa al terminar. Francamente, a la mayoría nos cuesta terminar lo que empezamos, pero Jesús no. Él era un consumidor.

Esta palabra, "Tetelestai", se usa tres veces más en el evangelio de Juan, y las tres veces proviene de labios de Jesús. «Mi comida — dijo Jesús— es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra» (Juan 4:34). «Yo tengo un testimonio más importante que el de Juan; porque la misma obra que el Padre me dio para terminar, la que yo hago, da testimonio de que el Padre me ha enviado» (Juan 5:36). Este hombre dice desde el principio: «Estoy dispuesto a terminar lo que empecé».

Apenas horas antes de ir a la cruz, oró con su Padre y dijo: «Te he glorificado en la tierra, completando la obra que me encomendaste» (Juan 17:4). Horas después, colgado de sus manos,

exclamó: «¡Consumado es!» (Juan 19:30). Cuando Jesús vino a esta tierra, no lo hizo con improvisaciones. Tenía un plan específico. Sabía exactamente lo que debía hacerse. Conocía las profecías que debían cumplirse, los hombres que debían capacitarse, los milagros que debían realizarse y el mensaje que debía comunicar. Dijo: «Mi trabajo es hacer la voluntad de quien me envió y voy a terminar esa obra».

La razón por la que tanta gente se siente tan insatisfecha, frustrada e infeliz es que simplemente no siguen el ejemplo de Jesús. No tienen un plan de vida. Persiguen todo arcoíris, toda fuente de gratificación instantánea y beben de todo placer. Pero tienen una sed perpetua. Jesús, en cambio, dijo: «Quiero saber lo que mi Padre quiere que haga y lo haré hasta terminarlo». Amigos, ese es el mismo secreto para la plenitud en la vida. Estamos en esta tierra con el mismo propósito que Jesús. Estamos aquí para glorificar al Padre. Puede que les sorprenda, pero lo lograremos de la misma manera. Lo lograremos simplemente siendo obedientes, yendo simbólicamente a nuestra cruz y dejándonos crucificar para que Dios viva y reine en nosotros. Nos sentiremos plenos si mantenemos el rumbo y terminamos la carrera.

Eso último es lo más difícil. Algunos se preguntan: "¿Cómo lo logras? ¿Cómo te mantienes motivado? ¿Cómo tienes el valor de correr toda la carrera de la vida hasta la meta y hacerlo bien?". Examinemos lo que la Biblia nos comparte sobre el secreto de Jesús.

“Fijemos nuestra mirada en Jesús,el 'autor y' (mira la palabra) 'consumador de nuestra fe, quien por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza y se sentó a la diestra del trono de Dios' (Hebreos 12:2). ¡Nos dice cómo terminar! Así es

como terminamos, miramos a Jesús. ¿Adónde miraba Jesús? "Por el gozo puesto delante de él soportó la cruz", odió la vergüenza, pero la superó. ¿Por qué? Porque sabía que justo al otro lado, se sentaría a la diestra del trono de Dios, habiendo provisto el camino para que el hombre se reconciliara con ellos. Mantenemos nuestro enfoque en hacia dónde vamos. En una era de gratificación inmediata donde queremos satisfacción instantánea, debemos recordar que nuestra recompensa está en la eternidad.

No me malinterpreten. No cambiaría la vida cristiana por nada, porque al buscar cumplir nuestro propósito y terminar la carrera, Dios da fruto en nuestra vida. Hemos estudiado estos: amor, gozo, paz, paciencia, los nueve frutos del Espíritu de Gálatas 5. Nadie puede experimentarlos en la misma medida que un cristiano.

Pero hay otra cara de la moneda. Ser seguidores de Cristo exigirá mucho de nuestra vida. Requerirá sacrificios si nuestro caminar con Dios es genuino y nos dice cómo lidiamos con ese sacrificio, con la exigencia y con las molestias de la vida. «Por el gozo puesto delante de él, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza, y ahora está sentado a la diestra del trono de Dios» (Hebreos 12:2).

Algunos de ustedes están a punto de rendirse. Algunos de ustedes que estudian esta lección podrían estar a punto de abandonar un ministerio; empiezan a sentirse frustrados y tal vez les parezca infructuoso. ¿Eres un maestro de escuela bíblica que se pregunta si debería renunciar porque piensa: "No estoy conectando con ningún estudiante"? ¿Eres un trabajador personal que se siente igual? ¿Algunos están pensando en dejar su matrimonio? ¿Algunos están pensando: "No sé si voy a seguir con esto de la iglesia"?

¿Puedo darte un pequeño consejo? Mira a Jesús. Reenfócate en la eternidad. «Este mundo no es mi hogar; solo estoy de paso. Mi tesoro está guardado en algún lugar más allá del cielo». Si no lo crees, te será difícil terminar la vida. Pablo dijo: «...a su debido tiempo cosecharemos, si no nos damos por vencidos» (Gálatas 6:9). No te rindas. Tetelestai. Jesús terminó su obra.

El plan de redención se completó Él sabía que el plan de redención estaba consumado. Esa palabra, "Tetelestai", es interesante. Se usaba a menudo en el primer siglo en un sentido comercial. Por ejemplo, si alguien tenía un préstamo a plazos, ese hombre podía llegar el último día, depositar ese pequeño dinero y decir: "Tetelestai", "consumado", "saldado", "hecho". Y el prestamista lo miraba y decía: "¡Felicidades!". Cuando Jesús exclamó: "Tetelestai", todos los que estaban alrededor de la cruz habrían hecho esa asociación. "Pagado, consumado". ¿Qué está pagado, qué está pagado en su totalidad? La respuesta es el pago por el pecado, la compra de la redención.

¿Cómo compró Jesús nuestra redención? ¿Cómo funciona?

El requisito de la ley era que todo aquel que pecara moriría. Esa era la maldición de la ley. Ahora bien, recuerda que la palabra "morir" significa separación. Si pecas, estarías separado de Dios eternamente. Así funcionaría. Alguien tendría que venir y cancelar esa deuda, exonerarla, pagarla. Desde el principio de los tiempos, Dios decretó que debía haber un sacrificio de sangre. No sé por qué, le preguntaremos a Dios cuando lleguemos al cielo. Tenemos algunas pistas. Se nos dice que la vida está en la sangre. El pecado es muerte; la vida anula la muerte, que iba a ser el pago. Tenía que ser un pago de sangre para quitar nuestros pecados.

Durante siglos, Dios había permitido la sangre de animales — carneros, toros, machos cabríos y novillas— como pago simbólico por ese pecado. Pero «es imposible que la sangre de toros y machos cabríos realmente quite los pecados» (Hebreos 10:4). No, para que nuestro pecado fuera quitado, el sacrificio que lo pagara adecuadamente y cancelara la deuda debía cumplir tres criterios: 1) debía ser humano; 2) debía ser sin pecado; y 3) debía vivir bajo la ley, la antigua Ley de Moisés, que cumplía a la perfección cada jota y tilde. «Pero cuando llegó el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la plenitud de los derechos de hijos» (Gálatas 4:4). Por lo tanto, el sacrificio debía ser humano y nacido bajo la ley. Jesús cumplía estos tres criterios. En consecuencia, podía y debía hacer el pago por nosotros.

Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús, porque por medio de él la ley del Espíritu de vida me liberó de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que la ley no pudo hacer, al estar debilitada por la naturaleza pecaminosa —mira esto—, Dios lo hizo enviando a su propio Hijo en semejanza de hombre pecador para ser ofrenda por el pecado. De esta manera, condenó al pecado en el hombre pecador, para que las justas exigencias de la ley se cumplieran plenamente en nosotros. (Romanos 8:1-4)

Hemos sido liberados del pecado y de la muerte porque Dios envió a su propio hijo en semejanza de hombre pecador para ser nuestra ofrenda por el pecado, para que los justos requisitos de la ley se cumplieran en nosotros.

Fíjese que dice "se cumplió en nosotros", no "se cumplió por nosotros". No podemos cumplir los requisitos de la ley. Nadie podría, excepto Jesús.

Para mí, lo más importante de todo esto está en el tercer verso, esa última línea: «Condenó el pecado en el hombre pecador». ¿Saben lo que dice? Que cuando Dios me mira, un pecador, pero un pecador en Cristo, un cristiano, no me mira y me dice: «Te condeno, pecador». En cambio, «Él condena el pecado en el hombre pecador». Dice: «Condeno tu pecado, pongo tu pecado en la cruz y te doy la justicia de Jesús». Tetelestai. Como dice la canción: «Jesús lo pagó todo, todo lo que le debo. El pecado había dejado una mancha carmesí; él la lavó, blanqueándola como la nieve».

El poder de la mortalidad había terminado. El enemigo natural de la humanidad es la muerte, ¿no? Alguien dijo: «El hombre quiere ser feliz, pero no puede serlo porque hace precisamente lo que no quiere: muere». Eso describe a la mayor parte de la humanidad.

¿Cuántas veces intentamos posponer la muerte? ¿Cuántas veces intentamos evitar a ese monstruo? ¿Cuántas veces lo rodeamos y fingimos que no está? Intentamos eludirlo, pero al final todos terminamos en sus garras. ¡Tengo buenas noticias! Jesús rompió esa atadura. Jesús nunca predicó un funeral. De hecho, arruinó todos los funerales a los que asistió. Estaban de luto por la hija de Jairo, y él acababa de sacarla de la tumba. Estaban sacando al hijo de la viuda de Naín. Simplemente lo hizo levantarse. Llevaban cuatro días llorando a Lázaro. Jesús dijo: «Remuevan la piedra. Lázaro, sal». Jesús destruyó todos los funerales a los que asistió.

En los tres días que abarcaron su muerte y resurrección, despojó a la muerte de todo su poder. «Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron. Porque, puesto que la muerte vino por un hombre, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno

en su debido orden: Cristo, las primicias; luego, cuando él venga, los que le pertenecen.» (1 Corintios 15:20)

Cuando bajaron el cuerpo sin vida de Jesús de la cruz ese viernes por la tarde, lo colocaron en una tumba prestada. Conociendo sus afirmaciones sobre su resurrección y temiendo a sus seguidores, los soldados rodaron una piedra sobre la tumba, la sellaron y la rodearon con una guardia. Pero no pudieron contener la semilla de la vida. Ese domingo por la mañana, María y las otras mujeres estaban allí cuando Él, la vida, brotó. Él fue la primicia. El primero en resucitar de entre los muertos para no morir jamás. Cuando regrese, todos los que murieron en él, saldrán de la tumba con un cuerpo nuevo, imperecedero e incorruptible. «Cuando lo corruptible se revista de incorrupción, y lo mortal de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: «La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Corintios 15:54-55).

Amigos, cuando Jesús dijo: "¡Tetelestai! ¡Consumado es!", convirtió la muerte de un pozo sin fondo en una rampa de salida, sacándonos de un camino y poniéndonos en uno mejor. La forma en que enfrentamos la muerte es la prueba de fuego, la medida definitiva de nuestra fe. ¿Tienen esa clase de fe, esa clase de confianza, de que Dios los levantará de este polvo? Él puede; pueden contar con ello porque rompió el yugo de la muerte y regresó para no morir jamás. Consumado es. ¡Ahora depende de ustedes! Lección n.º 1257, Steve Flatt, 7 de abril de 1996 **Las palabras de rendición**

Había habido cientos, quizás miles, de crucifixiones en Jerusalén antes del día de la crucifixión de Jesús, y probablemente miles después. Así que no se trataba solo del hecho de que crucificaran

a un hombre. Lo que hizo esta tan inusual fue el hombre que estaba en la cruz ese día.

Había tensión en el aire. Grandes multitudes habían inundado la ciudad de Jerusalén porque era la Pascua. Francamente, la situación podía fácilmente descontrolarse en Jerusalén en esa época del año. Ese día en particular, se respiraba una especie de mentalidad de masas explosiva. Durante toda la mañana, los líderes habían hecho de animadores. Estaban entre la gente gritando: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!". Toda la multitud se unía a ellos. Los soldados romanos estaban muy alerta ese día. Ya habían visto a multitudes de judíos como esta volverse violentas, así que vigilaban con mucha atención.

Pero ahora, finalmente, Jesús fue clavado en la cruz. El alboroto parecía haberse calmado un poco, pero ahora comenzaban a suceder cosas realmente extrañas. Nadie podía identificarlo con exactitud, pero había algo extraño en lo que estaba sucediendo, casi como si algo te estuviera tomando por sorpresa, sin saber qué era. No podías saberlo con certeza. Aunque era pleno mediodía, las 12:00 del mediodía, oscureció; no solo la oscuridad que solemos ver cuando llega una fuerte tormenta durante el día, porque todavía hay algo de luz, sino una oscuridad total. Era la oscuridad que se siente. Es como la medianoche, cuando está nublado y no hay luna, no se ven las estrellas y estás lejos de las luces de la ciudad. Literalmente, te cuesta incluso ver la mano frente a la cara. Era esa oscuridad en pleno día.

Era una oscuridad tan densa que casi se podía sentir, tan densa que casi se podía cortar con un cuchillo. Era la oscuridad que hace que los pájaros aniden. Era la oscuridad que hace que los soldados enciendan antorchas para poder ver. Era la oscuridad que no se

desvanecía tan rápido como un eclipse. Pero parecía eterna, tres horas de oscuridad total. La situación era más que inusual: una sensación extraña, inquietante e incluso aterradora.

Sin embargo, lo asombroso de estas tres horas es la brevedad con la que cada uno de los escritores del evangelio narra lo que sucedió durante las últimas horas de la vida de Jesús. La Biblia Narrada, editada por F. LaGard Smith hace varios años, presenta de forma maravillosa los diversos relatos del evangelio, de modo que se leen como una sola narración. «Desde la hora sexta hasta la hora novena, hubo oscuridad sobre la tierra. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Al oír esto, algunos de los que estaban allí dijeron: «Está llamando a Elías». Más tarde, sabiendo que ya todo estaba cumplido y para que se cumplieran las Escrituras, Jesús dijo: «Tengo sed». Enseguida, uno de ellos corrió a buscar una esponja. La empapó en vinagre, la puso en una caña y se la ofreció a Jesús para que bebiera. Los demás dijeron: «Ahora déjenlo, a ver si Elías viene a salvarlo». Cuando hubo bebido, Jesús dijo: «Consumado es». Jesús exclamó a gran voz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Dicho esto, inclinó la cabeza y exhaló el espíritu.

En ese momento, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló y las rocas se partieron. Los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron. Salieron de los sepulcros. Y después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a mucha gente. Cuando el centurión y los que lo custodiaban vieron el terremoto y todo lo que había sucedido, se aterrorizaron y dijeron: «Sin duda, este era el Hijo de Dios».

Algunas mujeres observaban desde lejos, entre ellas María Magdalena, María, la madre de Santiago y José, y Salomé. En Galilea, estas mujeres lo habían seguido y lo habían atendido. Muchas otras mujeres que lo habían acompañado a Jerusalén también estaban allí. Cuando todos los que se habían reunido para presenciar el espectáculo vieron lo que sucedía, se golpearon el pecho y se marcharon. Pero todos los que lo conocían, incluidas las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, se quedaron a distancia observando todo esto.

Durante las últimas tres horas de la vida de Jesús, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, Jesús dijo muy poco, pero lo que dijo es sumamente importante. Lo último que dijo fue: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». La primera palabra que pronunció fue: «Padre». ¡Qué hermosa! A lo largo de esta larga prueba, e incluso justo antes, vemos a Jesús en comunicación muy frecuente con su Padre. En algún punto entre el Cenáculo y el Huerto de Getsemaní, Jesús dice: «Padre, ha llegado la hora». Pero observen cómo se dirigió a Dios: «Padre, ha llegado la hora».

En su soledad, oró: «Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya». Tras ser clavado en la cruz, dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Cargando con nuestros pecados, dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Finalmente, justo antes de morir, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

A lo largo de todas estas circunstancias, sin importar cuáles fueran, Jesús nunca perdió la comunicación con su Padre. Oraba a su Padre, hablaba con su Padre, en unión con él y en comunión con él. Excepto por ese breve momento en que Dios le dio la espalda, y

Jesús exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Jesús nunca rompió esa comunión con su Padre.

A diferencia de Jesús, no se necesita mucha distracción para desviarnos por un día, una semana o más, para distraernos y alejar nuestra atención del Padre, de cómo Dios nos bendice. Solemos olvidar orar: «Dios, gracias por cuidarme» o «Dios, gracias por hacer esto en mi vida». Nos distraemos con mucha facilidad, pero Jesús no. Sin importar las circunstancias, Jesús siempre estuvo en comunión y comunicación con su Padre.

Entonces Jesús dijo: «Padre, en tus manos...». Durante las últimas doce horas, Jesús había estado en manos de otros que lo habían maltratado. Le habían arrancado la barba, lo habían golpeado en la cara, lo habían golpeado brutalmente en el cuello y el cuerpo, y le habían puesto una corona de espinas largas sobre el cuero cabelludo y la frente. Lo habían maltratado terriblemente. Pero ahora finalmente está en manos de su Padre. Ya no está en manos de quienes lo maltrataron, sino en tus manos, Padre, que encomiendo mi espíritu. Ahora estaba abrazado por los brazos amorosos de Dios, donde habría seguridad, consuelo y aceptación. No puedo evitar pensar que hay momentos en que quizás nos sentimos perseguidos, maltratados, solos o cualquiera que sea nuestra situación. Pero el solo hecho de saber que podemos estar en manos de Dios, no en manos de quienes nos maltratarían, ni siquiera en nuestras propias manos, es un pensamiento reconfortante.

Jesús también dijo: «Encomiendo». «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». En el idioma original, «encomiendo» significaba depositar o dejar a un lado. En otras palabras, nadie le

quitó la vida a Jesús. Él lo había dicho incluso antes de su crucifixión: «Yo pongo mi vida. Nadie me la quita». Voluntariamente, Jesús entregó su vida por ti y por mí. Jesús había hecho todo lo que el Padre le había pedido. «Consumado es». Jesús se había convertido en la propiciación por nuestros pecados, el sacrificio expiatorio. Jesús se había convertido en la satisfacción que Dios exigía por los pecados del mundo, desviando la ira de Dios sobre nosotros. Consumado es. Jesús se ofreció como sustituto por nosotros. (1 Juan 2:1-2)

Realmente se podría resumir de esta manera:

1. Tenemos un problema: somos pecadores condenados a muerte.
2. Hay una solución: se requería un sacrificio sin mancha, sin pecado.
3. Hay un resultado: Jesús ofreció su propia vida sin pecado, derramó su propia sangre y satisfizo las demandas de Dios de reconciliación.

Jesús dijo: «En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu». Casi diez siglos antes, David había dicho lo mismo, pero añadió una petición: «En tus manos encomiendo mi espíritu; redímeme, oh Señor, Dios de verdad» (Salmos 31:5). Es una declaración de entrega. Eso fue lo que Jesús hizo durante toda su vida terrenal. Confió en Dios y entregó su vida en total sumisión a Dios Todopoderoso. Jesús sabía con gran confianza que le aguardaban la resurrección y la gloria.

Todo había terminado. Había cumplido todo lo que Dios le había pedido. El pago completo de nuestra deuda de pecado había sido pagado. Jesús, nuestro sacrificio expiatorio, hizo posible nuestra reconciliación con Dios. Quizás ahora podamos entender mejor lo

que Juan quiso decir cuando dijo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

Debemos comprometernos. Debemos perseverar. Debemos entregarle nuestras vidas. “¿O no saben que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Por lo tanto, fuimos sepultados con él por el bautismo para muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una vida nueva. Si hemos sido unidos a él en esta forma en su muerte, ciertamente también lo seremos en su resurrección. Porque sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado con él para que el cuerpo del pecado fuera destruido, a fin de que ya no sirviéramos al pecado, porque todo el que ha muerto ha sido liberado del pecado. Ahora bien, si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él.” (Romanos 6:3-8) También debemos mantenernos enfocados y fieles. Por tanto, estando rodeados de tan gran nube de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba y del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Consideren a aquel que soportó tal oposición de parte de hombres pecadores, para que no se cansen ni desfallezcan. (Hebreos 12:1-3) Amazing Grace #1256 Steve Flatt, 31 de marzo de 1996